

**Andreu Jaume, pròleg a l'edició de *Dramas históricos* de William Shakespeare.
Barcelona: Debolsillo, 2012.**

Shakespeare nació bajo el reinado de Isabel I Tudor, hija de Enrique VIII, la cual, en 1564, tenía treinta años y hacía un lustro que había sido coronada. La era isabelina está ya para siempre asociada a Shakespeare y en general a la efervescencia que conoció Inglaterra tanto en la política como en las artes. Isabel, conocida como la reina virgen, nunca se casó y no dio a luz a ningún heredero, siendo su sucesor Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, hijo de la reina María de Escocia, a quien Isabel había mandado ejecutar por haber conspirado contra su vida. María, además, había sido una ferviente católica, e Isabel se había erigido en la pesadilla de los papistas, en especial de Felipe II. Más que una fanática protestante, la reina Isabel fue sobre todo una acérrima defensora de la independencia política de Inglaterra, algo que al final de su largo reinado había conseguido con creces, sobre todo después de la clamorosa humillación a la que había sometido a los españoles en 1588, con la derrota de su Armada Invencible. Como decíamos, la era isabelina se recuerda sobre todo por la eclosión del Renacimiento. No solo el teatro, sino también la poesía, la música, la arquitectura, la pintura, las artes decorativas, la teología y la filosofía conocieron un esplendor inigualado. [...]

Con la excepción de *Enrique VIII*, que en realidad puede considerarse un romance tardío, todos los dramas históricos de Shakespeare pertenecen al primer período de su obra, a esa última década del reinado isabelino en la que el dramaturgo se formó y avanzó esforzadamente hacia la cúspide trágica que alcanzaría a principios del seiscientos. Como en el caso de las comedias, escritas y representadas por aquellos mismos años, estas piezas, entre las que se cuentan algunas de las más persistentemente populares de su producción, le sirvieron como ejercicio para medirse con sus propios límites, enfrentarse a sus influencias y alumbrar al fin lo que hoy reconocemos a primera vista como su enigmática universalidad.

Como hizo siempre con todos los géneros, Shakespeare, al probar suerte con el histórico, se encabalgó a una moda de su tiempo para terminar construyendo algo que ya no tendría nada que ver con sus antecedentes ni con las circunstancias políticas que habían propiciado entre sus contemporáneos el cultivo de esa subespecie teatral. Fue la

necesidad de dotarse de una épica propia, frecuente en el despuntar de las naciones, lo que animó, en la corte de Enrique VIII y después en la de Isabel I, a la compilación de crónicas de hechos, de entre las cuales Shakespeare utilizaría sobre todo la de Raphael Holinshed, *Crónicas de Inglaterra, Escocia e Irlanda* (1587) y, en menor medida, otra más temprana, *La unión de las dos nobles e ilustres familias de Lancaster y York* (1542), de Edward Hall. A ese empeño por instituir un relato nacional, contribuyó decididamente la inesperada derrota de la Armada española en 1588, que despertó en la isla una oleada de patriotismo y un culto casi religioso a la reina Virgen cuya consecuencia más visible fue la incorporación al teatro de asuntos relativos a la historia medieval de Inglaterra, en concreto los turbulentos orígenes de la dinastía Tudor.